

*A Victoria Kamhi, musa y esposa
de Joaquín Rodrigo*





al maestro querido sobrino
Anis y Tere
con un fuerte
abrazo. Victoria



VIVENCIAS

Cuando, por primera, vez fui a visitar con mi marido a sus tíos, Joaquín Rodrigo y Victoria Kamhi en Madrid, hacía un año que nos habíamos casado; corría el año 1957.

Él siempre me hablaba mucho de ellos y, llegado ese momento, sentía una cierta zozobra...

Fueron sumamente cariñosos con nosotros desde el primer momento. La tía Vicky, (como me dijo que la llamara), le describió al tío Joaquín como era yo físicamente, y él, al momento me preguntó si sabía hablar valenciano y si nos queríamos mucho.

A raíz de aquel día, se estableció una correspondencia postal entre la tía Vicky y yo, que guardo con esmero en una gran carpeta, pues hay unas cartas francamente interesantes y cariñosas. A todos los conciertos, las conferencias, los homenajes, y distinciones que se realizaban, nos invitaban con antelación. Como es natural, siempre no podíamos ir, pero me cabe la satisfacción de haberles acompañado en multitud de eventos muy importantes, dónde pudimos compartir comidas con personajes del mundo de la música, como Victoria de Los Ángeles, el Maestro Odón Alonso, Regino Sainz de la Maza, Narciso Yepes, Lucero Tena, Pepe Romero, etc...

El relato que hago de ella es una pequeña muestra del personaje de Victoria Kamhi.

Su vida fue tan prolífica, tan positiva y tan extensa que, al final de ella, cuando sus fuerzas ya flaqueaban y su capacidad cognitiva comenzaba a resentirse, sentí una inmensa pena. Pero guardo tan buenos recuerdos de tantos detalles que tuvo conmigo... que nunca podré olvidarla.

Eso me ha decidido a contar algunos aspectos de su personalidad tan creativa y exultante, a la vez que revivo aquellas tardes en las que, tío y sobrino, dormían la siesta y nosotras nos hacíamos confidencias, yo embelesada escuchando las narraciones de su vida.

Estando una tarde en la terraza de su chalet de Cullera me dijo "voy a escribir mis memorias. Hay varias biografías de Joaquín, pero yo soy la persona que más lo conoce, y formo una parte muy importante en su vida. ¡Y lo voy a hacer!"



Cullera, 1.974

De la mano de
Joaquín Rodrigo

Historia de nuestra vida

— 0% —
Victoria Kamhi

*Para nuestros queridos
sobrinos Lini y Tere
con todo cariño
Victoria*

Edición al
cuidado de
Andrés Ruiz Tarazona

Abril 1986

Se enamoró de él desde que lo conoció. Con que entusiasmo me contaba las vicisitudes que habían tenido que pasar a lo largo de su vida, pero siempre, de su mano, ayudándole, y queriéndole mucho.

Tenían una complicidad encomiable. Con ligeros apretones de sus manos, había que ver cómo se comunicaban las impresiones y los cariños que, hasta el final, los caracterizaba.

Guardo unos preciosos recuerdos veraniegos de Villajoyosa, Benicasim, Cullera, San Ramón, y de la playa de Almardá... que nunca podré olvidar.

En 1934, cuando eran recién casados y estaban en la casa solariega de Estivella, iban a la playa de Almardá (Sagunto), playa de la que ella guardaba buenos recuerdos, y a la que se refería como paradisiaca y tranquila.

Desde que nos lo dijo, los llevamos allí. La primera vez, a un restaurante que estaba en el primer piso de un chalet, pero el tío prefería estar comiendo al nivel del mar, o sea, pisando la arena y oyendo el murmullo de las olas. Los dos nadaban muy bien.

Había un restaurante (tipo merendero) que reunía esas condiciones, y hacían unas paellas muy buenas. Yo pedí permiso (la primera vez) para llevarme una mantelería de casa, ya que a la tía no le gustaban las servilletas y manteles de papel.

Muy amables, los dueños me dijeron que para ellos era un honor que los lleváramos allí, además mi marido, siempre llevaba una cómoda hamaca para el tío, pues él la siesta no la perdonaba. Estaban encantados.

La última vez que estuvimos en su chalet de San Ramón, la tía, sin saberlo nosotros, nos metió en el bolsillo de la maleta una carta, que al llegar a casa descubrimos con gran sorpresa.

23 de agosto de 1989
Para Tere y Luis Beltrán.
Estamos pasando unos días inolvidables en nuestra finca de San Ramón en compañía de nuestras queridas sobrinas de Sagunto Tere y Luis Beltrán. Ambas son artistas de mucho talento, pero lo que más admiro en ellas es su gran sensibilidad, una virtud que va desapareciendo de este mundo. Me acordaré siempre de los paseos que hacemos en común por el Pantano, de las amenas conversaciones de sobremesa, de las exquisitas paellas de Tere, hechas de mano maestra, de tantas cosas...
Sin pocas los días que pasamos juntas, pero abriga la esperanza de que se repetirán en los años venideros con buena salud y alegría. Sagunto no está tan lejos...
Victoria

Cuando llegábamos, en la mesita de noche de la habitación que nos asignaban, nunca nos faltaba una caja de bombones. Era muy original para todas sus cosas...

Todos los años, en el mes de noviembre, le mandábamos una caja grande con mandarinas y, en el centro, un ramo de flores de azahar.

Al darnos las gracias, siempre nos decían que, cuando el tío Joaquín aspiraba el perfume del azahar, acariciaba las flores y decía... "huelo a Sagunto".

La tía Vicky, como familiarmente la llamábamos, era una mujer frágil y menuda, pero con una vasta cultura, y una capacidad de narrativa inconmensurable. Sus ojos, verde oscuro, tenían un poder enorme al mirar a las personas que fascinaba

Nació en Estambul, en el Boulevard de Besiktas, que se extendía entre el Palacio del Dolma Bahce, Yildiz, y Ciragan.

En aquellos tiempos, principios del siglo 20, era un bulevar muy importante pues había sido diseñado por el arquitecto Garnier, el mismo que hizo la Ópera de París

Ella siempre recordaba que, cuando era pequeña, por allí pasaba cada viernes el sultán con su sequito, ya que iba a celebrar el Salamlik a la mezquita.

Cómo era un espectáculo tan fastuoso, su madre la sentaba, junto a su hermana Matilde, en un balcón de su casa para que vieran aquella ceremonia que, según ella, quedó grabada en su mente para toda su vida

Cuando describía a sus padres lo hacía de este modo:

En un viaje que hizo mi padre a Viena conoció a mamá, Sofía Arditti, que tenía 20 años. Se enamoró locamente de ella y fue correspondido.

Sofía era esbelta, rubia de ojos azules, y de tez blanca y sonrosada. Su

belleza era de tipo nórdico, mientras mi padre tenía un aspecto muy oriental, con el pelo negro rizado y grandes ojos oscuros.

Los dos eran sumamente elegantes, cultos y atractivos.

Mi madre había estudiado piano, y en casa tenían un Petroff, con el que me familiaricé desde



Victoria a los 6 años y medio con su hermana Matilde de cuatro años en Constantinopla.

pequeña.

A mi hermana le gustaba más pintar.

Cuando yo tenía 6 años, una prima mía de visita en mi casa me dijo

“Ven acá Totty, voy a tocar una

pieza que después tendrás que tocar tú. Siéntate a mi lado, y mírame los dedos”. Y yo, algo ofendida, le contesté “yo no miro, yo oigo”. Se trataba del adagio de la Quinta Sinfonía de Beethoven.



Sofia Arditti, madre de Victoria.



Isaac Kamhi, padre de Victoria.

La casa de Besiktas se levantaba en el Yali (costa), a pocos metros del Bósforo. Desde la ventana del comedor solía observar sus aguas verdes, azules, o plateadas, según la temporada, o la hora del día.

Las dos orillas del Estrecho, en primavera y verano, se cubrían de una floración exuberante, jazmines, anémonas rojas y azules, lilas, rosales, y cantidad de árboles de Judea que se vestían de color rosa.

Pero, en invierno, una niebla espesa flotaba sobre las frías aguas del Bósforo, envolviéndolo todo como una inmensa cortina blanca.

Entonces solo se vislumbraban unas pálidas lucecitas que traspasaban las tinieblas, y eran como barcos fantasmas que se deslizaban sobre las agitadas olas.

El sonido lúgubre de sus sirenas llenaba el aire día y noche, lo que me causaba escalofríos.

Lo surcaban innumerables barcos que transportaban mercancías a los puertos del Mar Negro, a Bulgaria, a Rusia, y a Rumanía.

Pero también se veía una multitud de vaporcitos llamados “mouches”, que circulaban abarrotados de pasajeros entre la orilla europea y la asiática, y en los cuales vendían grandes roscas cubiertas de sésamo, que estaban buenísimas.

Según me contaban mis padres, andé y hablé muy pronto, y a los 5 ó 6 años ya me expresaba en varios idiomas.



Esto era frecuente en los niños de Constantinopla, ya entonces una ciudad muy cosmopolita.

Yo hablaba además del turco, español, francés, alemán, y griego moderno, que aprendí en la escuela primaria griega “La Mestra”.

Mis padres eran muy aficionados a la ópera, y a mi hermana y a mí, desde pequeñas, ya nos llevaban a ver Aída, La Traviata, Il Trovatore, etc.

Luego en casa yo tocaba las árias sin ningún tropiezo.

Le tenía un especial cariño a mi tío Vitali (hermano de mi padre), quien ocupaba un alto cargo, era senador y, con cierta regularidad, nos regalaba entradas para la ópera, a la que acudíamos muy contentas mi hermana y yo, acompañadas de la institutriz.

Aún conservo otro regalo del cuaderno de las obras completas para piano de Grig, en edición de lujo.

Para completar mi educación, mis padres decidieron llevarme a Viena, e internarme en el instituto Szanto, donde mamá había hecho todos sus estudios, y aún se le recordaba con afecto.

No tardé mucho en adaptarme a la vida austera del internado, pero echaba mucho de menos el amor que se respiraba en mi casa.

Llegó el verano, con sus vacaciones, y tuve la alegría de volver a ver a mis padres y a mi hermana. Sin embargo, Matilde y yo, nos tuvimos que quedar en el internado pues mis padres se marcharon a los balnearios de Bohemia, Marienbad, y Francesbad, para tomar las aguas. En septiembre, vino de nuevo la separación. Mi familia volvió a Constantinopla, y yo me vi de nuevo en el internado, un año más...



Sala de baños. Marienbad

No me podía acostumbrar a los inviernos tan duros de Viena. Pasó el año, y mis clases de piano iban cada vez mejor, pero tuve que regresar pues la situación había cambiado... había estallado la guerra europea, y el país estaba en plena movilización.

Dejé Viena con verdadera aflicción, despidiéndome de mis compañeras y mis profesoras. Una vez más tuve que interrumpir mis estudios, cambiar de ambiente. Sufrí el cierre del Liceo Francés.

En el verano de 1915, la guerra continuaba con todos sus horrores.

Fui matriculada en el Colegio Alemán, donde no encontré el mismo ambiente que en el Liceo Francés, distintas amigas, distinto profesorado, pero menos mal que el profesor de música era amigo de mis padres, y estaba muy en boga por aquel entonces, era el profesor Badeglia. Con él empecé a estudiar las Sonatas de Beethoven, y obras de Chopin.

En septiembre de ese mismo año, mis padres decidieron que fuéramos a tomar las aguas a Karlsbad. ¡Con qué ilusión subimos al Orient Express!, recuerdo que era un día muy caluroso.

Este viaje se inició bajo los mejores auspicios y, sin embargo, fue un viaje sin retorno.



Orient Express

Por una serie de circunstancias desdichadas, nunca volveríamos a nuestra casa de Perú, dónde tan felices habíamos sido.

Los dos años que siguieron fueron muy provechosos para mí y, pese a las privaciones, sabía que había encontrado mi camino, el piano.

Las primeras obras que me preparé, eran las Suites Inglesas de Bach, la Sonata en Fa mayor, Op. 10, de Beethoven, y el de Reinhold. Además Czerny y Pishno, a grandes dosis.

Llegué a formar parte del "Cuarteto Amadeus", y ya interpretaba los conciertos de Bach, y las sonatas de Mozart, Beethoven y Schubert.

Volví a Viena un año más, pero al final de 1918, mis padres decidieron trasladarse a Suiza con sus hijas, por motivos de salud.

La situación había empeorado mucho por la guerra, y los víveres escaseaban cada vez más.

El viaje a Zúrich fue de lo más incómodo, solo habían vagones de tercera clase, y hacía un frío espantoso.

Cuando llegamos a Zúrich, nos pareció el paraíso, los panecillos blancos, la leche espumosa, el café aromático, nos supieron a gloria.

Mis tías y primos nos recibieron con mucho cariño. Recuerdo que entonces, en las sobremesas, se hablaba mucho sobre la teoría de la relatividad de Einstein qué estaba haciendo sensación en Zúrich, y pronto revolucionaría el mundo científico entero.



Zúrich

En Lucerna, y hospedados en el Hotel Beau Séjour, junto al hermoso lago, olvidamos por completo que el mundo estaba sacudido por una guerra atroz, y que la humanidad estaba azotada por el hambre, el frío, y la miseria.

Mi padre nos llevó por casi toda Suiza, Berna y su zoológico, Grindwald con sus ventisqueros... era un país de ensueño.

En cuanto llegó el otoño, fuimos a Lausan, donde Matilde y yo ingresamos en el colegio Brillantmont.

Coincidí allí con Reneé, una muchacha muy inteligente y culta, e hija del Barón Pierre de Coubertin (fundador de los Juegos Olímpicos), con dos cuñadas de Mustafa Kemal Atatürk, y con una hija del ministro búlgaro Tufekchief.

Durante las Navidades, nos invitaron a Chateau d'Oex para esquiar, pero mi hermana y yo nos limitábamos a ser espectadoras, ya que no se nos daban bien los deportes.



Colegio Brillantmont (Lausan)

Cuando llegó el verano, mis padres salieron para Constantinopla con el fin de recoger la casa, pues debíamos instalarnos definitivamente en París, donde papá había sido nombrado jefe de la sucursal de la firma "Rafael Kamhi & hijos". ¡Con qué ilusión esperaba yo ese momento!. La vida en París debía ser fabulosa.

Los primeros días los pasamos en el Hotel Deuxs-Mondes, en la Avenida de la Ópera. Luego mi padre alquiló un lujoso piso amueblado, junto al Parc Monceau. Se sucedían las fiestas, las recepciones, las cenas, así como las excursiones por las cercanías de París.

Pronto nos cambiaríamos a un piso en la rue de Passy. Era de un príncipe ruso que se vió obligado a venderlo. Cuando mamá lo vió, quedó maravillada. En el salón había un piano de cola Pleyel. Todo de un gusto refinado. Yo estaba como soñando...

En los carnavales de 1920, mis tíos de Niza nos invitaron, a Matilde y a mí, a visitarlos, y pasamos 15 días muy divertidos. Allí conocimos a nuestro primo Elias Canetti, por entonces estudiante en la Universidad de Viena... ¡quién nos iba a decir que, en 1981, sería premio Nobel de Literatura!

Mi vida transcurría con mis clases de piano en el Conservatorio Nacional, acompañada de asistencia a conciertos sinfónicos, funciones de ópera, a la Comédie Francaise, y a los teatros de los bulevares, y a los recitales de las salas Pleyel, Gaveau, etc.



A partir de entonces dediqué dos mañanas por semana a los niños de familias humildes, que acudían al dispensario de la Port d'Italia.

Realicé ese trabajo con dedicación y alegría durante varios meses, hasta que la catástrofe se abatió sobre mi familia, y cambio mi vida por completo.

Nos anunciaron que la firma "Rafael Kamhi e Hijos" acababa de sufrir un crack en Rusia, con la pérdida de millones de libras, y con ello se había hundido toda la fortuna familiar.

Nuestro querido tío Vitali, al enterarse de las fatales noticias, se disparó un tiro en la sien. Fue terrible.

Hasta entonces, nuestra vida había sido como un cuento de hadas, pero de repente, pasábamos de ser "ricas herederas", a convertirnos en "señoritas venidas a menos".

Me era imposible sentarme al piano para tocar las fugas de Bach, y los estudios de Chopin, como solía hacer todos los días. Sufría viendo a mis padres completamente aislados en este gran París, frío, e indiferente.

Tan solo 3 años habían transcurrido, entonces todo nos sonreía, y todos nos habrían los brazos... ¡qué cambio!

Fue entonces, cuando comencé a pensar seriamente en buscar un trabajo que permitiera ganarme la vida, con el fin de no ser una carga para mis padres.

Mi mayor consuelo seguía siendo la música. No me perdía ningún concierto importante, y además aprovechaba cada "billet a prix réduit" (entrada a precio reducido), que recibía de las agencias.

Un buen amigo mío me preguntó si podría escribirle una carta en alemán, para un discípulo de Paul Dukas. Se trataba de una reclamación que habían hecho, en francés y en español, al director de la orquesta de Wiesbaden, y no habían tenido contestación. El discípulo en cuestión le pedía que le devolviera la partitura de "Cinco piezas infantiles".

Yo le escribí la carta y, a los pocos días, mi amigo me dijo que habían recibido la partitura, y que estaban muy contentos, dándome las más efusivas gracias. ¿Cómo se llama tu amigo? le pregunté distraídamente. Es un músico valenciano, y se llama Joaquín Rodrigo. Es muy joven, y no tan conocido como Albéniz, Falla, o Turina, aunque indudablemente tiene talento.

Me suena ese nombre, le repliqué. No puede ser, me dijo, no es conocido, me repitió.

Te voy a demostrar lo contrario, y dirigiéndome al musiquero, saqué la revista “Le monde musical” de 31 de julio de 1928, en cuyo suplemento se publicaban unas páginas del “Preludio al gallo mañanero”, con una nota explicativa que rezaba así: “Con este fragmento, damos una muestra del talento de este músico, notable alumno de Paul Dukas, en la Escuela Normal de Música, que no tardará en ser el continuador de Albéniz y de Falla”.

Yo, toda decidida, le dije ¿no podrías pedirle que te acompañe la próxima vez que venga a casa?.

Entre mi hermana y yo organizamos una reunión a la que invitamos a varios amigos. Cuando hizo su entrada el músico español, del brazo de su fiel secretario Rafael, una profunda emoción me invadió cuando estreché mi mano.

Pude balbucear unas palabras de bienvenida, y una sonrisa alegre iluminó su rostro, descubriendo unos dientes blanquísimos.

Lo que más atrajo mi atención fue su frente ancha, enmarcada por rizos de pelo castaño.

Interpreté al piano obras de Haydn, Beethoven, Bach, Mendelssohn, y Liszt. Era visible que el joven compositor estaba disfrutando.

A la mañana siguiente recibía un ramo de flores, como obsequio de Joaquín Rodrigo.

Era el mes de marzo de 1929, cuando me mandó dos invitaciones para el estreno de sus “Cinco piezas infantiles”, interpretadas por la orquesta Straram, en la sala del Teatro de los Campos Elíseos.

El éxito fue unánime, y las ovaciones del público obligaron al autor a saludar desde el palco, varias veces.

Bajé al camerino a saludarle y, al oír mi voz, se volvió hacia donde yo estaba. Noté que se estremecía al estrechar mis manos entre las suyas.



Teatro de los Campos Elíseos

Me preguntó, si le permitía que me dedicará la obra ya que, gracias a mí, la había podido recuperar.

Será un honor para mí, le contesté. Luego le pedí permiso para ir a su casa, con el fin de interpretar sus obras, ya que yo las estaba estudiando.

Pero yo lo que quería era estar con él, conocerle, que me hablara de su vida... y ese momento no tardó en producirse. Me contó que nació en la histórica ciudad de Sagunto, un 22 de noviembre de 1901.

Sus padres tuvieron 10 hijos, 6 niñas y 4 niños. Dos de sus hermanas murieron muy pequeñitas.

Su padre, Vicente Rodrigo Peirats, era comerciante y terrateniente de fuerte carácter y gran personalidad. Vivían en la Plaza de la Glorieta, a pocos metros de la Sociedad Musical Lira Saguntina.

A las horas de los ensayos, él se acercaba escuchar la música, horas y horas, hasta que su hermano mayor le hacía volver a la realidad.

Me entristecí mucho cuando Joaquín me contó que, cuando él tenía 3 años y medio, hubo en Sagunto una epidemia de difteria, que causó la muerte de muchos niños.

A él le tocó perder la vista, aunque podía percibir la luz, y los colores.

Fue operado en Barcelona por el Doctor Barraquer, y mejoró un poco, pero ya no había solución.

En compañía de su secretario, íbamos pasando el tiempo en tardes de conciertos, paseando, o tomando el té. Solo nos separábamos cuando Joaquín volvía a España, con sus padres, y pasaba largas temporadas.

Nuestra correspondencia postal era ya muy frecuente. Guardé siempre sus cartas llenas de amor...

Yo me dedicaba a escribir las partituras que me dictaba Joaquín, conforme las iba componiendo al piano y, en muchas de ellas, la letra la creaba yo.

Fragmentos de cartas.

1930

“Victoria querida:

Ayer recibí su segunda carta en un español maravilloso. Es usted una chiquilla admirable”.

Estivella, 9 de septiembre

“Mi pequeña Vicky, mi Victoria querida... ¿es así como le gusta que la llame?”.

Valencia, julio 1931

“Comienza el éxodo veraniego. Ayer se celebró la “Batalla de Flores” en la Alameda, lo que hizo llegar en masa a todos los huertanos, campesinos de las cercanías y arrabales de Valencia. Este festejo goza de mucho predicamento, y la gente bien también suele ir.

Todo el mundo se marcha a los pueblos. Yo creo que se está peor que en la capital, pero qué quiere, se ha de seguir la moda. Nosotros mañana salimos para Estivella”.

Valencia 22, de octubre.

“Nuestra situación no puede prolongarse, y ya es hora que cese esta interinidad. En estas relaciones nuestras algo ambiguas e imprecisas.

Así pues estoy dispuesto a ir a París para casarme con usted Vicky, que para mí, es el ideal más acabado y perfecto.

No espero más que su respuesta para hablar con mis papás, ya sabe que no soy independiente, y necesito su aprobación que, desde luego, está descontada.

Nos casamos, claro. ¿Cuándo?, cuando quiera usted. Después de Navidad, al final del invierno, en la primavera, en fin, cuando decida. Desde luego nos venimos a España, a Valencia. Aquí pasaremos el verano en el mar, o en el monte si usted lo prefiere y, al entrar el invierno, decidiremos si nos vamos a París.

Tengamos confianza en nuestro destino y en nosotros mismos.

Adiós mi querida Vicky, escríbame enseguida.

Hasta muy pronto. Suyo siempre. Joaquín”.

Así pues, con la audacia que me caracterizaba, me fui a España a casarme.

En Toulouse, tomé un tren para llegar a Barcelona, donde en la estación me esperaban Joaquín y su hermano mayor, Paco, quienes me dieron la bienvenida a España.

Estábamos muy emocionados, casi no podíamos pronunciar una palabra ...

Seguimos camino de Valencia por carretera, y no me cansaba de admirar los pueblecitos pintorescos, y la vegetación exuberante tan nueva para mí.

Aunque era diciembre, en Valencia encontré un precioso cielo azul, y un sol radiante.



En el amplio piso de la calle Sorní me aguardaba toda la familia, padres, hermanos, y un gran número de sobrinos, llenos de curiosidad y dándome la bienvenida con mucho calor.

Desde luego, todo era extraño para mí, la gente, las costumbres, el bullicio...

Me sorprendió ver tanto lujo, tanta abundancia en casa de mis futuros suegros, las comidas eran succulentas, turrónes, mazapanes. Eran las fiestas de Navidad y Año Nuevo, celebradas con opulentos banquetes, paellas y meriendas.

Enseguida comenzaron los preparativos de nuestra boda, fijada para el 19 de enero de 1933.

Según nuestro deseo, fue celebrada en la más estricta intimidad, ya que mi familia no pudo asistir.



A la mañana siguiente salíamos para Madrid en automóvil, acompañados por Rafael, quién había jurado no separarse de nosotros mientras viviera.

Madrid ya entonces era una de las capitales más típicas y acogedoras de Europa. El clima soleado y seco era sanísimo, y el agua de Lozoya era una bendición.

Nosotros alimentábamos la esperanza de poder instalarnos algún día allí.

Llegó el verano, y toda la familia nos trasladamos a Estivella.

En realidad, “la casa solariega” era un gran caserón pegado a la carretera, con un amplio jardín, y un gallinero lleno de gallinas.

El sitio no podía ser más ruidoso, y el calor era asfixiante. Las comidas en común eran inevitables, y había que aguantar a los sobrinitos, tan molestos como las moscas y mosquitos que nos acosaban día y noche.

Joaquín y yo, nos levantábamos muy temprano para escaparnos de casa en busca de paz y sosiego. Nos solíamos sentar bajo un olivo para hablar los dos a

solas, pero cuando conseguíamos que nos llevaran a la playa de Sagunto, disfrutamos como niños. Siempre nos ha gustado mucho el mar.

Sin embargo, no nos fue posible regresar a Madrid, pues Paco, el hermano mayor, nos comunicó que la situación financiera, muy mediana durante el invierno, era ahora catastrófica. La ruina se cernía sobre la familia.

Nos tocó la lotería, 3.500 ptas., que para nosotros fue un alivio. Pero la situación económica no se presentaba muy clara.

Decidimos que yo me marchase a París, con mis padres, una temporada.

El 19 de enero de 1934, primer aniversario de nuestra boda, nos separábamos Joaquín y yo, en la estación de Valencia, prometiéndonos fidelidad eterna. Mientras, con lágrimas en los ojos, nos dábamos un largo abrazo.

Durante esos meses de soledad, Joaquín compuso “El Cántico de la Esposa” sobre el texto de San Juan de la Cruz (su obra predilecta), y el poema sinfónico “Per la flor del Lliri Blau”, premiada por el Círculo de Bellas Artes de Valencia.

Las cartas de Joaquín estaban llenas de nostalgia por mi ausencia. Yo me iba recuperando, y le exhortaba a tener paciencia, asegurándole que, en breve, se acabaría esa prueba tan dura que estábamos pasando, y que pronto nos reuniríamos de nuevo.

Yo estaba decidida a volver a España y, al mismo tiempo, esperábamos que le concedieran la beca del Conde de Cartagena, que la Academia de Bellas Artes otorgaba, cada dos años, a músicos y pintores.

¡Qué alegría cuando descubrí a Joaquín entre la multitud de viajeros en la estación!. El había llegado ese mismo día a Madrid, acompañado del pianista Gonzalo Soriano.

Esa misma noche, le escribimos una carta a Manuel de Falla (que estaba en Granada), exponiéndole nuestra situación, y solicitando su ayuda.

El ilustre compositor, que ya conocía a Joaquín y sus obras, se lo comunicó al director de la Academia de Bellas Artes, a la sazón el Conde de Romanones.

La beca del Conde de Cartagena le fue otorgada a Joaquín, por unanimidad y, a primeros de marzo de 1935, emprendíamos el viaje a París, felices y alegres.

En aquel ambiente sereno, empecé a olvidar los días aciagos que habíamos pasado. Además, había recuperado mi querido piano de cola, mi Pleyel.

Conocimos a dos jóvenes pintores valencianos, también becarios, Jenaro Lahuerta y Pedro de Valencia, destinados a hacer una brillante carrera.

Hacíamos proyectos para visitar la ciudad de Mozart (Salzburgo). Todo marchaba sobre ruedas, adquirimos dos billetes de tercera clase para el tren Paris – Salzburgo, saliendo el 10 de julio de 1935.

El director del diario Las Provincias, nos había nombrado corresponsales en esa ciudad para los festivales Mozartianos. Tuvimos entradas para todas las funciones de ópera, los conciertos y las representaciones teatrales. Conocimos al célebre Arturo Toscanini, encantador.

Alquilamos un piano, pues Joaquín trabajaba a diario, y yo



dedicaba una o dos horas al estudio del piano, e interpretaba obras de mi repertorio, para Joaquín.

Al comienzo de la Guerra Civil Española, nos trasladamos con mis padres a Baden Baden y, una vez allí, nos comunicaron desde la Academia de Bellas Artes, que la beca había sido suspendida (como todas las becas de estudios). Nos quedamos aterrados. Nos vimos obligados hasta a dar clases de español para subsistir.

Ya el culmen, fue cuando nos comunicaron que teníamos 24 horas para salir de Alemania, ya que, el gobierno alemán, no reconocía los pasaportes de la República Española.

Para quienes, como nosotros, estábamos tan alejados de la política, fue una decisión muy difícil, y nos vimos obligados a acudir al Consulado Español en Berlín, para que nos expidiesen el nuevo pasaporte.

Aunque la penuria económica se prolongaba, siempre tuvimos la fortuna de contactar con personas caritativas que, sin herir nuestra susceptibilidad, encontraron la forma de ayudarnos.

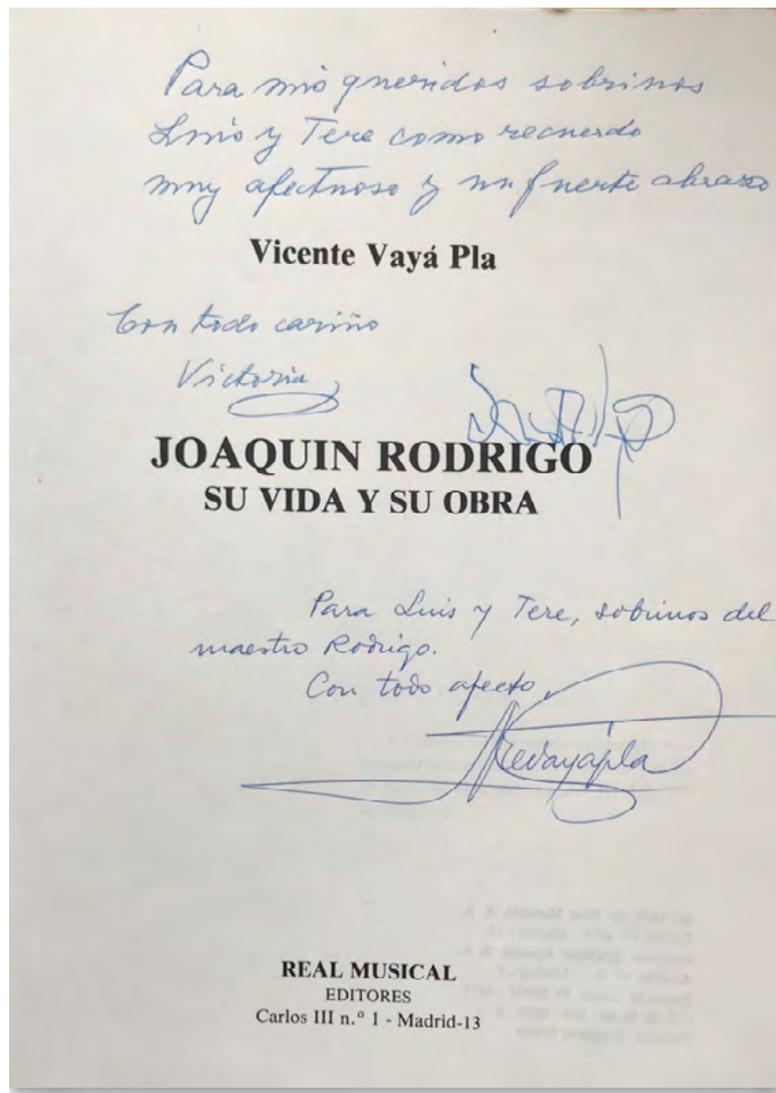
La suerte comenzó a cambiar cuando, en una comida con el guitarrista Regino Sáinz de la Maza y el Marqués de Bolarque, este último le preguntó a Joaquín “¿por qué no escribes un concierto para guitarra y orquesta”? y, sin dudar un momento, Joaquín le contestó “Esto está hecho”. Y, en prácticamente un año, compuso “El concierto de Aranjuez”, que fue estrenado el 9 de noviembre de 1940, en Barcelona, a los pocos días en Bilbao, y luego en Madrid.

A partir de allí, su trayectoria internacional fue imparable, y nuestra vida cambió.



Existen multitud de artículos, reconocimientos, biografías, etc., en torno a Joaquín Rodrigo, no habiendo sido este el motivo de mi trabajo, y sí, el asegurar que Victoria Kamhi, siempre estuvo a su lado, y fue su mayor apoyo y colaboradora excepcional.

No puedo finalizar mi relato, sin hacer mención expresa a la biografía hecha por Vicente Vayá Pla, quien, junto a su familia, mantuvo una estrecha relación de hospitalidad y cariño con la pareja Joaquín Rodrigo y Victoria Kamhi.



Ahora, cuando voy a Madrid, me acerco a Aranjuez, y hago una visita a donde están descansando juntos, que es lo que ellos siempre quisieron. Llevo en mi corazón el recuerdo de aquella mujer que me demostró un gran cariño y empatía.



Bibliografía

- “Joaquín Rodrigo. Su vida y su obra”. Real Musical Editores. Carlos III, nº 1 Madrid-13. (1.977)
- “De la mano de Joaquín Rodrigo. Historia de nuestra vida”. Fundación Banco Exterior. Colección Memorias de la Música Española. Abril 1986
- Conversaciones personales con Victoria Kamhi.

INDICE

Vivencias	4
Fragmentos de cartas.....	13
Bibliografía.....	19

